

Claudio Grossman, jurista internacional y profesor universitario *full time*:
“Es importante que las generaciones mayores se organicen, porque son una fuerza política relevante”

Dos minutos después de cortar la llamada de WhatsApp, suena el teléfono. En la pantalla se lee Claudio Grossman. Es el jurista internacional que representó a Chile ante el litigio con Bolivia en La Haya, que está sentado en la cafetería de la Comisión de Derecho Internacional de las Naciones Unidas, de la que es miembro, en Ginebra.

Son las seis de la tarde en Suiza, mediodía en Chile, y en la cafetería no se ve ni un alma. Es de las pocas personas que siguen en el edificio, que está a punto de cerrar y él tiene una cena organizada por la Embajada de Austria. Pero lo que tiene que agregar —refiere con el tono propio de un experto diplomático— es muy importante.

Entra la llamada y, al otro lado, Grossman, anteojos modelo Clubmaster, camisa celeste, corbata amarilla, 76 años, profesor *full time* y decano emérito de la American University en Washington, exmiembro y presidente del Comité contra la Tortura, presidente del Instituto Interamericano de Derechos Humanos, y el listado sigue. El jurista, recién galardonado con el Premio Nelson Mandela de la Asociación de Escuelas de Derecho de Estados Unidos, tiene millas de experiencia acumuladas. En 2022, su nombre se instaló fuerte para ocupar un puesto en la Corte Internacional de Justicia de La Haya, pero la Cancillería no apoyó su candidatura. Con calma de alguien acostumbrado a sacarle trote al tiempo, retoma lo que se le quedó en el tintero.

“Se me olvidó contarle cómo nos conocimos con mi señora. Fue en Las Salinas, en Viña del Mar. Es interesante, porque yo estaba en un grupo y ella en otro, cuando una gitana le tomó la mano y le dijo ‘te vas a casar con ese que está allá’, que era yo. Pero lo que realmente quiero decir, para hacer justicia, es que el centro de gravedad ha sido ella. Ha sido como una roca. Y si usted está escribiendo cosas sobre mí, no puede faltar que ella ha sido mi *partner* y yo su marido por 53 años”, subraya.

Ella es Irene Klinger, doctora en Economía, con quien tiene dos hijas abogadas y cuatro nietos de entre 13 y 20 años. “Si hay algo importante en la vida es experimentar el amor incondicional de otros seres humanos y, en este caso, el de los abuelos”, remarca el jurista, y luego cuelga.

Por estos días, Grossman está exponiendo en la Comisión de Derecho Internacional, y lo acompañan cinco estudiantes de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, donde dicta un curso *pro bono*. “Mi motivación es dar algo de vuelta, porque yo recibí una educa-

Su nombre copó los titulares tras representar a Chile en el caso de Bolivia ante La Haya. Hoy, con 76 años, sigue un ritmo ajetreado y ocupando la silla de diversos cargos internacionales. “Muchas personas que han pasado a la tercera edad siguen siendo una fuente de conocimiento muy grande”, remarca.

María Florencia Polanco

100 LM
Líderes Mayores

RECONOCIMIENTO ANUAL A PERSONAS 75+ QUE IMPACTAN EN LA SOCIEDAD



La familia. Con su señora Irene Klinger, sus hijas y nietos.

ción gratuita. Les hago clases por Zoom una vez a la semana y vienen tres o cuatro semanas a Ginebra a trabajar conmigo, donde se unen a mis otros estudiantes de la American University. Si hay algo que me da satisfacción es ser profesor y para mí tiene un sentido especial hacer cosas para Chile”, acota.

Claudio Grossman, nieto de inmigrantes judíos que llegaron a Chile a inicios del siglo XX, sigue siendo un trotamundos al que le cuesta rechazar invitaciones. “Pasa cuando tienes una motivación tan fuerte. Mis días tienen que ver con las clases, la investigación, exponer y las escrituras jurídicas. Tengo una inhabilidad estructural para decir que no y le confieso que me gustaría hacer más cosas de las que hago”, admite.

El ayer y el hoy de Grossman han sido intensos. Fue dirigente estudiantil en el Liceo Eduardo de la Barra, de Valparaíso, y en la Universidad de Chile. Militó en el Mapu. Fue jefe de gabinete de la Segegob en el gobierno

de Salvador Allende. A los 26 años salió de Chile exiliado con lo puesto y 250 florines en el bolsillo. Se refugió en Amsterdam en una casa del Estado en la que, junto a su esposa, convivió con 130 marineros. En 1973, un compañero le cambió el turno en La Moneda justo la noche antes del Golpe. Viajando a Nicaragua, a último minuto no abordó un avión que capotó, tragedia en la que murieron los 150 pasajeros.

—¿Cómo ve esa juventud con la perspectiva de hoy?

“En derecho hay algo que se llama la intertemporalidad. Uno no puede juzgar situaciones del pasado con los valores del presente. Yo tuve determinados valores, posiciones de jóvenes, y no me arrepiento. No saco nada con eso. Para mí, fue una cuestión de aprendizaje y me quedan cosas de la juventud importantes, como que uno tiene que contribuir a mejorar las cosas en el ámbito en el que trabaja”.

—¿Qué cosas aprendió?

“Quizás cuando era más joven veía a las personas entre enemigos o adversarios, pero hoy creo que todos tienen algo de razón, algo de verdad. Me gusta ver la posibilidad de generar consensos. También tengo más capacidad para darme cuenta de si estoy equivocado. Uno tiene que tener más apertura. Eso me ha pasado a mí. No estoy generando una teoría que sirva para todas las personas”.

—¿Qué le ha significado tener un intercambio permanente con jóvenes?

“Me da satisfacción transmitir conocimiento. Uno puede aportar cosas, como un mayor sentido de relatividad. Muchos jóvenes tienden a ver las cosas como juegos de suma cero. Yo entiendo esa mentalidad, pero me gusta mucho esta frase de Shakespeare: ‘Los viejos desconfían de la juventud, porque han sido jóvenes’. Uno aporta desafiando y abriendo la posibilidad de pensar de otra forma”.

—¿Por qué decide seguir activo?

“Quizás es algo que también me quedó de joven. La idea de que hay un sentido en lo que uno hace. Pero no es exclusivamente trabajo. Me gusta pasarlo bien, ver películas, me gustan más los paisajes que los museos. Uno tiene que darse tiempo para esas cosas de la vida también. Ahora, le prohíbo llamar a mi señora para verificar si he bajado el ritmo (ríe). De repente, como resolución de Año Nuevo, voy a tratar de decir más que no en algunas cosas”.

Mayores, uníos

—Un tema que se ha estado debatiendo es cómo asegurar los derechos humanos de las generaciones mayores. ¿Qué opina?



"Me da satisfacción transmitir conocimiento", dice el jurista, que dedica gran parte de su tiempo a la docencia.



Retrato de Claudio Grossman en 1980, en Ámsterdam, donde llegó tras el exilio.



Con sus excompañeros del Liceo Eduardo de la Barra, de Valparaíso.



Felipe Bulnes, Claudio Grossman y María Teresa Infante, representando a Chile en La Haya.



En 2023 fue vicepresidente del Comité Técnico de Admisibilidad del proceso constitucional.

"Es importante que las generaciones mayores se organicen y hagan demandas específicas. Las cosas, en general, tienen mucha más fuerza cuando se piden que cuando se reciben. En Chile hay un incremento de la población de la tercera edad, y es crucial que se organicen, porque son una fuerza política importante. Los mayores pagan impuestos, pero, sobre todo, votan".

—¿Qué países considera que pueden ser buenos referentes en este tema?

"En Holanda, por ejemplo, está el partido de los 'viejos'. Y como son *single-issue*, de un solo tópico, tienen una capacidad transversal muy grande. En Estados Unidos está la AARP

(antes American Association of Retired Persons), que no es un partido político, pero tiene gran fuerza. Ahora, ha habido avances. Hay más conocimiento y el tema está en el radar".

—¿Qué más se podría aprender de otros países respecto al trato a los mayores?

"Creo que el mejor es Holanda. Confieso que a veces me molesta, pero si te subes a un bus, siempre te van a dar el asiento. Hay un tema cultural que es importante, y no es fácil cambiar la cultura. No es cosa de escribir una ley. Ese es un primer paso, pero tiene que ver con fenómenos más profundos que empiezan en la familia. Tienen programas especiales para la tercera edad, un sistema de pensiones,

preferencia en el tratamiento de enfermedades. No sé cuál es la mejor solución para Chile, pero sí es importante hablar del tema. Hay que tener la voluntad de poner el tema en la agenda con toda la fuerza que corresponde, y aquí la movilización de los mayores también es importante".

—Las empresas prefieren contratar personas jóvenes. ¿Qué espacios o roles pueden ocupar los mayores?

"Muchas personas que han pasado a la tercera edad siguen siendo una fuente de conocimiento e información muy grande. Hay una gran posibilidad de contribuir. Muchos jueces retirados se ofrecen para ser mentores de jóvenes. También hay un asunto de movilización voluntaria. Usted va a cualquier hospital en Estados Unidos y ve que muchas de las personas que están registrando a la gente o responden el teléfono son mayores. Esto no se trata de quitarles ni rebajarles el salario a las personas que lo necesitan, pero hay espacio para hacer cosas".

—Tiene 76 años y sigue ejerciendo. ¿Qué opina sobre establecer un máximo de edad para ocupar ciertos cargos?

"Es un debate complejo. Desde luego, hay también una necesidad de dejar espacios para otros. Hay sistemas universitarios que están estructurados para que exista solo una cátedra. Entonces, están todos esperando que

se muera la persona que la ocupa. En general, estoy de acuerdo con establecer límites de edad, porque eso les da posibilidades a los que vienen más abajo, aunque pueda haber excepciones. En Suiza el límite de edad son 65 años para el sector público, pero nada impide que tengas una actividad privada".

—Y así como existe una edad para retirarse, ¿debería existir una edad mínima para ocupar ciertos cargos públicos?

"No me voy a meter en temas políticos. Yo creo que la gente puede decidir votando y sobre las bases de las experiencias históricas determinará qué hacer".

—El año pasado se cumplieron 50 años del Golpe, un día que cambió el rumbo de su vida. ¿No guarda rencores?

"Yo no defino las cosas en términos de rencores. No me olvido del pasado, incluyendo los errores que uno mismo cometió y de los procesos en que participé. El país no es el mismo del año 73, yo no soy el mismo del 73, y la conclusión que saco es la importancia de la democracia y la responsabilidad de evitar las polarizaciones".

—¿Cómo ve el estado de la democracia en el mundo?

"Con grandes problemas. Hoy hay muchas más posibilidades para los extremismos y para los populismos de distinta naturaleza. Ha habido fallos en la democracia para enfrentar temas que son muy importantes para las poblaciones, por ejemplo, la respuesta democrática a los temas de seguridad. Hay que escuchar a la gente. Hay que buscar actuar con determinación. Democracia no puede ser escrita con la 'd' de debilidad".